



DIÓCESIS DE CABIMAS

**Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín**

OBISPO

**HOMILÍA JUBILEO DE LA ORDEN DE LOS AGUSTINOS RECOLETOS:  
125 AÑOS DE PRESENCIA EN EL ZULIA  
11/V/2024.**

*“¿Qué cosa mejor podemos traer en el corazón, pronunciar con la boca,  
escribir con la pluma, que estas palabras: gracias a Dios?  
No hay cosa que se pueda decir con mayor brevedad,  
ni oír con mayor alegría, ni sentirse con mayor elevación, ni hacer con mayor utilidad”  
(San Agustín).*

Queridos hermanos:

Nos hemos reunido en esta Santa Iglesia para celebrar la Sagrada Misa. Saludo, especialmente, a Fray Eddy Polo, Vicario Provincial de los Agustinos Recoletos en Venezuela, a los sacerdotes concelebrantes y a todos ustedes, que se han nutrido de la doctrina de San Agustín y tienen tanto que agradecerle.

El Arzobispo Metropolitano, Excmo. Mons. José Luis Azuaje, me ha pedido que presidiera esta celebración, ya que por compromisos pastorales él no puede acompañarnos. Es para mí una ocasión propicia para expresar mi gratitud a la Orden de los Agustinos Recoletos, por la deferencia y la cercanía que han tenido conmigo, en esta Arquidiócesis, cuando era obispo auxiliar, y actualmente en la Diócesis de Cabimas.

¿Por qué solemos en los eventos más importantes celebrar la Santa Misa? ¿Es requisito obligatorio del protocolo para esta clase de actos? ¿No hay el riesgo de caer en la rutina y desnaturalizar el significado profundo de la misa para el cristiano y para la Iglesia?

Y, por supuesto, nuestra respuesta es no, pues, como dice el Concilio Vaticano II, la Santa Misa es “fuente, *centro y cumbre de la vida cristiana*” Y tiene 4 fines:

1. Dar a Dios el culto superior de adoración, para reconocer su infinita excelencia y majestad, y a este título, en este sentido, la Misa es un **SACRIFICIO LATRÉUTICO**.
2. Agradecer a Dios todos sus inmensos beneficios, por lo que la Misa es también un **SACRIFICIO EUCARÍSTICO**.
3. Pedir a Dios todos los bienes espirituales y temporales, y a este respecto la Misa es, además, un **SACRIFICIO IMPETRATORIO**.
4. Satisfacer a Dios por todos los pecados, y por las penas merecidas por los pecados, así propios como ajenos, de los vivos y de los difuntos, por cuya razón es la Misa, finalmente, un **SACRIFICIO PROPICIATORIO Y EXPIATORIO**.

En esta celebración se evidenciarán estos cuatro fines: alabaremos,

bendeciremos, daremos gracias y glorificaremos a Dios por todo el trabajo evangelizador que la Orden de los Agustinos Recoletos ha realizado en esta Iglesia Particular, durante estos 125 años de presencia, y los beneficios que ha recibido. Uno de ellos es que la primera beata venezolana, la Madre María de San José, forma de la gran familia recoleta.

Pediremos perdón por los pecados de obra u omisión que la Orden haya podido cometer y, por eso, en esta celebración, si se han cumplido con las condiciones exigidas por la Iglesia, se puede lucrar o ganar la indulgencia plenaria, puesto que se hace dentro de la celebración del jubileo de los 125 años de su presencia en Venezuela.

Y suplicaremos al Señor a fin de que los hijos de San Agustín puedan vivir su carisma, que se sintetiza en tres elementos esenciales: **comunión fraterna**, a imitación de las primeras comunidades cristianas que, *“todos los creyentes vivían unidos... acudían al templo todos unidos, celebraban la fracción del pan y comían juntos, alabando a Dios con alegría y de todo corazón”* (Hch 2, 46s), como dice la primera lectura, **y el amor a Dios y al prójimo**.

Como bellamente decía un gran teólogo dominico: *«Una sola Misa glorifica más a Dios que lo que le glorifican en el cielo por toda la eternidad todos los ángeles y santos juntos, incluyendo a la Santísima Virgen María, Madre de Dios»* (Fray Royo Marín). La razón es que la Virgen y los santos son criaturas limitadas, en cambio la Misa, como es el Sacrificio de Cristo-Dios, es de valor infinito. De manera visible, lo veremos cuando el celebrante, elevando el vino y la hostia consagrados, dice la doxología y ofrece a Dios Padre, en el Espíritu Santo, a su Hijo: *“Por Cristo, con él y en él, a ti Dios todopoderoso en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos”*.

La liturgia de la Palabra, especialmente la segunda lectura y el Evangelio, nos habla de las características que debe tener el pastor que ha sido puesto al frente de la Iglesia. Podemos decir que estas lecturas nos hacen un bello retrato del Santo, cuya fiesta celebramos. Además de ser un hombre sabio, que la Iglesia lo declaró doctor de la Iglesia, San Agustín fue un gran pastor, uno de los más grandes de la Iglesia.

Permítanme señalar algunos rasgos de Agustín, teniendo en cuenta las palabras de Jesús que acabamos de escuchar.

San Agustín fue un **Buen Pastor**, según el corazón de Jesús. A imitación de Jesús, tenía la disposición de dar su vida por los fieles. En efecto, pidió al Señor poder amar a sus fieles hasta el punto de morir por ellos en *“la realidad o en la disposición”*. Afirmaba que un obispo que no tuviera esa disposición se parece a un espantapájaros, un ser extraño y feo, en la Iglesia. ¡Nunca quiso verse salvo sin sus fieles!

En un momento de extremo peligro, a causa de la invasión de los Vándalos, enseñó a los sacerdotes a permanecer en medio de su pueblo, incluso a riesgo de la

propia vida. Con otras palabras, quiere que obispos y sacerdotes sirvan a los fieles como Cristo les sirvió. Este ejemplo debemos seguir los sacerdotes y obispos, en la Venezuela que estamos viviendo, porque las razones que tienen muchos venezolanos de salir del país, son las mismas que tenemos nosotros para permanecer en él, pues no podemos abandonar el rebaño. Tenía muy presente las palabras de Jesús: *“el asalariado, que no es el pastor ni las ovejas son suyas. Cuando ve venir al lobo, huye abandonando las ovejas, y el lobo las agarra y las dispersa”* (Jn 10, 12). Gran ejemplo nos dan muchos sacerdotes misioneros que, a pesar de tener todas las razones para regresar a su país, han decidido compartir la suerte del pueblo.

San Agustín **siempre estaba en su diócesis**; sólo se ausentaba en caso de necesidad. Predicaba con frecuencia, asistía a los pobres y necesitados; daba mucha importancia a la formación de sus sacerdotes; se desvivía por su gente. Trabajó infatigablemente de día y de noche. En los últimos años de su vida, todavía dictaba de noche una obra y, cuando estaba libre, otra de día. Al morir, a los 76 años, dejó incompletas tres. Son ellas el testimonio más elocuente de su continua laboriosidad y de su insuperable amor a la Iglesia.

San Agustín era **magnánimo**; lejos de él, el egoísmo, el preocuparse solamente de su diócesis; él, como obispo, tenía la solicitud por todas las iglesias. Tenía una visión universal de su misión. Podía decir, como Jesús: *“Tengo otras ovejas que no son de este corral. A esas también las llevaré”* (Jn 10, 16). Con sus escritos, ayudó no sólo a su diócesis, sino también a la iglesia africana y universal, y todavía sus enseñanzas son un faro de luz que nos ayuda a solucionar problemas actuales.

Al morir, dicen los biógrafos, dejó a la Iglesia *“un clero muy numeroso, así como también monasterios de hombres y de mujeres repletos de personas consagradas a la continencia bajo la obediencia de sus superiores, además de bibliotecas”* (Posidio, *Vita S. Augustini*, 31, 8: PL 32, 64). Poco a poco, se fue gastando y desgastando, libremente, por los dos grandes amores que reinaron en su vida: Dios y la Iglesia, podemos poner en sus labios las palabras de Jesús: *“Nadie me la quita (la vida), sino que yo mismo la entrego. En mis manos está el entregarla y el recobrarla”* (Jn 10, 18), y así sucedió, pues su corazón que (como él dijo) era inquieto, después de buscar a Dios descansó en él, para siempre; y también en las de Pablo, que escuchamos en la segunda lectura: *“he combatido bien el combate, he corrido hasta la meta, he mantenida la fe. Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día”* (2Tim 4, 7s).

Como hemos visto, queridos hermanos, los santos son personas como nosotros, con virtudes y debilidades, no son super héroes, ni extraterrestres; sino hombres y mujeres que fueron tocados por Dios y se dejaron guiar por él. La Iglesia nos invita a venerarlos y a imitar sus virtudes, pues ellos manifiestan la espléndida santidad de Jesús, el único santo, la Puerta que nos conduce al Padre.

Queridos hijos de San Agustín, hoy rezaré especialmente por ustedes, para que el Señor los bendiga abundantemente con vocaciones religiosas. Decía un santo: *“si quieren ser más, sean mejores”*. La mejor promoción vocacional es el testimonio

de su propia vida, de un ministerio generoso, alegre, solidario. San Juan Pablo II, en una carta que dirigió a los sacerdotes, en el año 1985, invitaba a los sacerdotes a realizar un examen de conciencia y decía: *“Vuelvan a sus recuerdos personales. ¿Acaso no se halla en los principios de la vocación de ustedes un sacerdote ejemplar que guió sus primeros pasos hacia el sacerdocio? ¿No es verdad que el primer pensamiento de ustedes, el primer deseo de servir al Señor, están ligados a la persona concreta de un sacerdote-confesor, de un sacerdote-amigo? Sí, el Señor tienen necesidad de intermediarios, de instrumentos para hacer oír su voz y su llamada”*. Muchos jóvenes están esperando ese testimonio, para recibir de ustedes el relevo y continuar la magnífica labor que han hecho hasta ahora.

Como decimos en Venezuela: ¡Dios les pague! Y María Santísima los proteja y bendiga abundantemente. Así sea.

+ *Ángel Francisco Caraballo Fermín*  
✠ Ángel Francisco Caraballo Fermín  
Obispo de Caimas



**Prot. 2024/111**